

res bieses
pletamen-
órdenes de
descien-
gas justas
ajo. Gran
torrado de
a de raso
atin más-



Directora: ANGELA GRASSI, VIUDA DE CUENCA

Núm. 31 | En París recibe los anuncios la AGENCIA HAVAS, Plaza de la Bolsa, 8. | Madrid 18 Agosto 1882. | En Madrid la «Sociedad general de Anuncios de España», Príncipe, 27 | Año XXXII

SUMARIO. — Revista de modas, por Joaquina Balmaseda. — Trajes para baño. — Vestido de anascote azul. — Vestido para niño. — Salida de baño. — Vestido de franela. — Traje para paseo. — Traje de limonina y surah. — Traje para niña. — Trajes para jardín. — Vestido de ve'o y moiré. — Vestido de cachemir. — Vestido de satén y surah. — Mangas para vestido. — Vestido para paseo. — Vestidos para jovencita. — Traje punto

de Venecia. — LITERATURA: La poesía, por Emilio Castelar. — Cantos del Rhin, por F. Sellen. — Defensa del bello sexo. — Las riquezas del alma. — Charada. — Correspondencia. — Economía doméstica. — Explicación del figurín 1.515.



1 Á 5. TRAJES PARA BAÑO.

1 y 2. Vestido de anascote azul.

3. Vestido para niño.

4. Salida de baño.

5. Vestido de franela.

REVISTA DE MODAS.

La última palabra sobre modas de verano, parece dicha; las creaciones recomendadas se ostentan al calor del sol de las playas ó en los salones de los establecimientos de baños, y es llegado el momento en que la mujer elegante no debiera tener en qué pensar.... ¡Borbería! La moda no descansa en su trabajo incesante, y la sacerdotisa que le rinde culto, no deja apagar un momento el fuego sagrado. Ahora no son las novedades que sorprenden y se esperan con ansia, son la variación de trajes ya lucidos que no pueden exhibirse dos veces en un mismo salón, son la imitación de tal ó cual modelo, ya conocido, y que con el cual se quiere enriquecer el equipo hecho, y es, sobre todo, para la mujer que sabe unir al gusto la economía, la ocasión de hacer compras ventajosas que no son posibles al principio de la estación.

La señora que sabe aprovechar estas liquidaciones de fin de temporada, elije siempre lanas ó satenes de colores lisos ó dibujos poco pronunciados, en la seguridad de que han de tener combinacion posible á la estación siguiente, y además cuantos géneros económicos para el decorado de la casa, para esas mil labores que las señoras saben discurrir para realzar su morada y su persona. Una de las que deben tener presente es una chaquetilla como la que representa el núm. 16, prenda que así corresponde á modas como á labores, y que pueden considerar de gran uso para el entretiempo y los trajes de invierno: en nuestros mismos pliegos encontrarán nuestras lectoras dibujos por el estilo para bordar con soutache y cordon, y una de estas chaquetillas en azul húsar ó verde oscuro, será novedad, que las expedicionarias de allende el Pirineo traerán á la corte. Puede lo mismo bordarse en la chaquetilla misma que en pedazos de tela igual que luego colocará la modista en los sitios correspondientes, lo cual favorece mucho más el trabajo de la señora.

Es labor muy propia también para esas horas en que las señoras reunidas en un establecimiento ó á la sombra de los árboles, se ocupan de alguna labor útil y bonita, el encaje que ofrecemos en nuestro núm. 6: lo mismo para adorno de trajes que para adorno de casa, es labor de gran utilidad y de esas que no exigen cuenta ni una atención tan extremada que pueda impedir la conversacion: suelen también algunas señoras llevar como labor entretenida y bella las tiras de cachemir con aplicaciones de colores, que una vez colocadas con algun despacio se bordan jugando, con sedas de bellos colores, á puntos de poca dificultad, y luego sirven para el centro de un portier rico ó de un sillón de satén de caprichosa forma. El encaje inglés es propio también por los pocos utensilios que necesita, y para las señoras laboriosas son un rico arsenal de recursos útiles las excursiones á las montañas: en ellas se recogen infinitas semillas y cortezas, que remojadas cierto tiempo, y cosidas artificialmente en un cartón, producen bellos marcos para retratos, porta-cartas, objetos de despacho y otras mil monadas con que se entretienen las largas noches de invierno, y á las que da una capa de barniz el aspecto de un mosaico de maderas finas. Son también labores propias de campo los pequeños bastidores de tiras ó cuadros de malla, y las sillas de tijera de lona bordadas con lanas ó sedas de colores á cadeneta ó feston, y... basta, que más parece nuestra reseña clasificación de labores de un colegio, que artículo consagrado á la más veleidosa de las deidades.

En los últimos modelos recibidos figuran como novedad una chaqueta de las que antes recomiendo de forma húsar hecha en cachemir azul, con la diferencia de tener las aldeltas cuadradas en vez del peto con que la presenté nuestro grabado 16, siendo éste mucho más propio para jovencita, y aquél para señora casada. Tengo también á la vista como traje de jardín, que luego puede servir para el salón, un vestido de velo y crespon de china rosa: la falda lisa lleva en el bajo un volante ó *ruche* en serpentina de crespon con encaje al borde que al fruncirse quede derecho, y sobre esta falda casi lisa, va otra muy recogida de un lado, género Trianon, con rico bordado, no al aire, sino á la orilla sobre la tela, del llamado punto de Venecia: esta falda, que es abierta, se recoge la punta de adelante sobre la de atrás que resulta cuadrada: el cuerpo, de velo, lleva un peto

muy guarnecido de encajes, y la manga, hasta el codo, con encajes igualmente al término de ella.

En género Pompadour, muy visto, pero que hará gran papel hasta finalizar la estación, tengo á la vista un modelo de surah á grandes margaritas rosa y azul pálido sobre fondo ciruela, formada la falda por dos grandes bullones que descansan, el primero sobre plisés de raso ciruela, y el segundo sobre un echarpe del mismo raso, que se anuda por detrás con gran lazo sosteniendo el pouf: la chaqueta, abierta la aldeta en todas sus costuras, es de raso ciruela con chaleco de escote cuadrado estilo breton, que figura abotonarse á los dos bordes de la chaqueta con pequeños botones de oro.

Las manteletas de granadina y de felpa calada están haciendo los honores de la estación, y apenas hay señora que no envuelva su cuerpo en esta prenda de gran distinción que vela el cuerpo sin cubrirle. Las de cachemir hacen, no obstante, gran papel en las tardes frescas, y para pescar á orillas del mar ó subir á las montañas, donde suelen admirarse alguno de los sombreros de esparto, ya recomendados en mi revista anterior, digo mal, no recomendados, sino apuntados como novedad en mi cartera. Sí, mis queridas lectoras; alguno de estos excéntricos sombreros he podido admirar ya sobre la frente de una hermosa.... ¡No hay moda, por extraña que sea, que no tenga quien la ostente!

Los matinés más bellos de día en día; los encajes y bordados de que la moda abusa por el momento, parecen creados para esas deliciosas hechuras sin pretensión, y copiadas en colores, azul, rosa, blanco, lila... ¡colores todos llenos de encantadora frescura! La forma es la de siempre, falda con algun adorno en el bajo entrelazado con encajes, paletot holgado guarnecido de los mismos, con gran cuello formado por los encajes y cerrados con gran lazo en el cuello. Hay algunas todas blancas bordadas, cuya falda se compone de tres volantes bordados, y el paletot que descansa sobre un echarpe de raso de color anudado por detrás: esta misma hechura se copia en satenes y percales de color claro con puntillas blancas.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

I Á 5. TRAJES PARA BAÑO.

1 y 2. *Vestido de anascote azul*.—Está presentado por delante y por detrás, y se compone de calzon y blusa montada á un canesú y ceñida del talle por cinturón: cuello marinero, mangas cortas con escarapelas de cordon de lana blanco como la cenefa que adorna el traje alrededor y el soutache que le borda, formando del mismo cordon las pasamanerías que figuran cerrar la blusa por delante. Redecilla de hule con rizado azul, y alpargatas de cáñamo.

3. *Vestido para niño*.—Es de franela azul clara con blusa marinera, sujeta dentro del calzon, que ciñe en la rodilla y cuello marinero, orillado, como el resto del vestido, de galon blanco; cinturón azul con soutaches blancos y áncoras bordadas de algodón en los ángulos del cuello.

4. *Salida de baño*.—Es un peinador grande de franela rayada, encarnada y blanca, guarnecida de ancha cinta rizada de lana encarnada, que se repite alrededor de la manga corta. Gran *paillason* pescadora, adornado de trencillas encarnadas que le sujetan debajo de la barba.

5. *Vestido de franela*.—Es propio para jovencita, y está hecho en lana azul y blanca á rayas, con blusa corta y pantalon, ambos guarnecidos de ruchés de lana azul, y cinturón con gran escarapela azul también: manga corta con igual adorno; redecilla de hule y alpargatas de lona y suela de cáñamo.

6. ENCAJE PUNTO DE VENECIA.

Nada más rico que estos encajes para guarnecer vestidos de verano, cortinajes, cubiertas de sillón y otros objetos finos de casa. Ejecútase el que presentamos con nanzouk, que se hilvana al hule, trazando encima el dibujo y siguiendo todos los contornos de él á feston grueso, recortando después los espacios que no forman el dibujo, y ocupando éstos con cordoneillos como mues-

tra el dibujo: la orilla la completa una puntilla piquillo de encaje. Las señoras inteligentes en esta clase de labores, pueden hilvanar el nanzouk sobre tul, y al recortar los espacios queda el tul en lugar de los calados, pudiendo poner el nanzouk blanco ó crudo y seguir los contornos con algodón blanco ó de color.

7. TRAJE PARA PASEO.

Es de velo y surah; la falda cubierta por delante de volantes de surah verdes y bordados color crudo, alternados y formando ligera onda, terminando por arriba con echarpe orillado de bordado; por detrás volantes plegados y pouf muy drapado. Chaleco con dos órdenes de botones, sobre camiseta de surah y chaqueta, frac forma *sastre*, con vueltas y costuras de surah, adornadas las primeras con pequeños botones y ojaladura de cordon. Sombrero de paja verde con ala forrada de surah y plumas de igual color.

8 Y 9. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

8. *Vestido de limosina y surah*.—Falda bullnada por muchos frunces en limosina avellana tostada, con lazos de surah del mismo color, y echarpe del mismo surah terminado en pouf: cuerpo de peto con drapería fichú de surah, y manga hasta el codo con hombrera fruncida, y vueltas de tablas de surah al borde, formando brazalete. Sombrero de paja oscura con grupo de violetas y botones de oro, que se repite en el pecho y la sombrilla.

9. *Traje para niña*.—Falda terminada por plegado de cachemir azul húsar, y túnica redingot con bordado crudo, abierta sobre chaleco plegado: el bordado figura una especie de túnica sobre el redingot, con bolsillos guarnecidos de adorno. Cuello y puño fruncidos, con bordado al canto, y sombrero de paja escocesa con pluma azul.

10 Á 12. TRAJES PARA JARDIN.

10. *Vestido de velo y moiré*.—El velo color de oro, está combinado con moiré rayado oro y zafiro: la falda, formada por bullones y volante ancho, lleva encima redingot de dobles puntas en surah y polonesa de moiré rayado, muy abierta de adelante y recogida por detrás en pouf muy abultado: el cuerpo, abierto en corazon, se completa con fichú aldeana de surah con plegado al borde: mangas justas con vueltas plegadas, y gran sombrero forrada el ala de terciopelo zafiro con plumas azul y oro.

11. *Vestido de cachemir*.—Es de color carmelita, con ancho volante bullonado por delante, y echarpe muy plegado al término del cuerpo coraza, abrochada con trencilla por detrás y terminando en un paño que forma tabla triple, caída hasta el borde de la falda: mangas con tres bullones y justas de abajo, con cuello vuelto y gola de encaje.

12. *Vestido de satin y surah*.—El delantero de la falda de satin crema, es bullonado con ruche escarolado y volante plegado al borde; polonesa de satin Pompadour de flores azules, abierta sobre la falda y adornada de vueltas de surah azul turquesa, lo mismo que en el escote, que deja ver peto de satin bullonado; la espalda, de forma princesa, se bullona en gracioso pouf, con mangas de codo y vueltas de surah. Sombrero de paja Manila, con forro fruncido en el ala; lazadas de surah azul y grupo de plumas blancas.

13 Y 14. MANGAS PARA VESTIDO.

La primera, para vestido brochado, lleva plegado de surah liso y rematado por lazo, guarnecida la vuelta de encaje duquesa.

La segunda, para vestido de mañana, es ancha y recogida de abajo en muchos bullones, con plissé y gola á la mano.

15. VESTIDO PARA PASEO.

La falda, montada en percalina, va cubierta de tablas triples de velo color ciruela, descansando sobre plissé de raso al borde de la falda; túnica doble, cortado el borde á picos ribeteados de raso, y cuerpo chaqueta

bien entallada, igualmente ondeada en el borde y con postillon por detrás. Manga justa con vuelta, cuello alto con gola y sombrero capelina en paja de Italia, forrada de raso ciruela con echarpe de lo mismo, y plumas ciruela y oro.

16. VESTIDO PARA JOVENCITA.

Es de cachemir azul húsar, con falda plegada á tablas y paniers cortos muy recogidos de la cadera y terminando por detrás en pouf: chaquetilla húsar, de peto por delante y por detrás, bordada de soutache negro en la espalda aldeta y manga, cerrándola por delante cordones y muletillas negras. Sombrero de paja negra con pluma blanca.

17. VESTIDO PARA JOVENCITA.

Es de tafetan escocés á cuadrado blanco y azul marino; falda plegada con bordado en el bajo, y cuerpo terminado por pequeños paniers de seda cuadrillé y seda azul marino, terminados por bordado, y rematándolos por detrás grandes lazadas de seda azul; bordado en el cuello y manga, guantes largos negros y sombrero azul marino con pluma blanca.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA POESÍA.

Corre como vulgar preocupación que no es posible la poesía en este siglo tan dado al culto de la naturaleza y al ejercicio de la industria. Sin embargo, á medida que el hombre domina más la creación, y la ve más encadenada á su voluntad, se eleva á un mundo superior de poesía. La creación es el poema de los pueblos primitivos, cuya fantasía, niña, no ha volado aún del nido de la naturaleza. Pero así que el hombre siente que hay algo más allá del mundo material, sí, algo que comienza donde el espacio y el tiempo concluyen, algo que es libre, que es eterno, que posee la idea de lo infinito, que lleva en sí la medida de todas las cosas, el espíritu, en una palabra, nace el gran arte. ¿Qué es Homero, sino el Sócrates de la poesía, que convierte los dioses, en cuya presencia temblaban los hombres, en reflejos de humano espíritu? Los grandes siglos de poesía. El siglo XIV, el siglo de la pólvora, fué el siglo de Petrarca. El siglo del telescopio, es el siglo de Miguel Angel, de Shakespeare, y de Cervantes. El siglo XIX, el siglo del vapor y de la electricidad, es el siglo de Rossini, de Byron, de Goethe, de Víctor Hugo. El espíritu que comprende la naturaleza, y ha delectado su geroglífico, y ha descompuesto el agua y el aire en sus más sencillos elementos, y ha encadenado el rayo, y ha anotado con su matemática sublime las armonías de las esferas, la música de los orbes, el eterno *hossanna* de la creación. El espíritu necesita lanzar sobre ese mundo de maravillas y de milagros otro mundo mejor, si el arte ha de cumplir su fin de herosear y perfeccionar la naturaleza.

Lo que nos mata, lo que nos hace indignos del nombre de nuestros mayores, lo que nos debilita, lo que convierte á los poetas en hijos espúreos de aquellos tiranos que se llaman Lope, Calderón, Cervantes, es sin duda ninguna la imitación servil de la naturaleza, la copia descarnada de la sociedad; el progreso del materialismo sustituyendo á la idealidad levantada y sublime, que ha sido siempre el verdadero númen de la poesía; la apoteosis de lo vulgar, de lo prosaico, el teatro reducido á máquina fotográfica, la lírica, pálido remedo de la forma clásica de los grandes maestros, pero sin ninguna de sus ideas, porque el siglo no lo consiente; el abandono de la poesía épica; el criminal olvido de los dolores trágicos que han sido los únicos capaces de engendrar esa gloriosa dinastía de mártires que arranca en Prometeo y en Edipo, y concluye en Manfredo y en Fausto, pasando por Regismundo y Hamlet; en fin, el realismo, que hace del poeta el vil cortesano de la socie-

dad, cuando debiera ser un ángel, es decir, su guía, y el espíritu reaccionario, que convierte la imaginación del poeta en el ave nocturna de los sepulcros, de los panteones, de las tinieblas, cuando Dios le ha dado alas y cánticos y mirada penetrante y audaz, para que nos anuncie la alborada de los nuevos días del espíritu.

Si hay algun siglo verdaderamente épico es el gran siglo XIX, en que el hombre se siente uno por su naturaleza con toda la creación, uno por su espíritu por la humanidad, en que nos interesa desde la historia de los átomos que componen nuestro globo, y por consiguiente nuestro cuerpo, hasta la historia de las generaciones que han ido formando las ideas que iluminan nuestra conciencia; siglo de síntesis, siglo en que la humanidad ha llegado á tener la conciencia de toda su vida, siglo que está esperando aún al poeta dichoso que escriba su poema, y lo grave con caracteres de fuego en su inmortal historia.

Pero el poema ha de ser hijo del siglo, ha de tener la conciencia de su idea, ha de trabajar porque se realice esa ley de derecho, en cuya virtud puede asegurarse que caerán todas las cadenas, y será segunda vez creado el hombre.

Entonces entonarán los poetas el cántico de la libertad, serán la voz del siglo XIX, y los profetas de los tiempos que á más andar viene sobre nosotros, merecerán el laurel de la inmortalidad.

EMILIO CASTELAR.

Ecos del Rhin se titula un precioso volumen que acaba de publicar en Caracas, el Sr. F. Sellen, verdadero tesoro que contiene, discreta y elegantemente traducidas al castellano, las composiciones mejores de los bardos alemanes. Hé aquí algunas, para solaz de nuestras suscriptoras, tan amantes de lo bello y de lo bueno:

(DE GOETHE.—EN WILHELME MEISTER.)

Aquella á quien él, su tierno,
su rico amor ofreció,
con él le ordenó alejarse,
y en él nunca más pensó.
El, luego, á una jóven pura
hizo su hogar compartir;
y ella entre todos los hombres
á él sólo quiso elegir,
y aunque su pecho por ella
nunca de amor palpitó,
ella por él ha sufrido
y sólo por él vivió.

(DE STRACHWITZ.)

La reina del bosque.

Aquí á la falda del monte
los vientos en paz reposan,
mientras la niña descansa
de la arboleda á la sombra.

Trebol, tomillo y serpolio
le prestan su grato aroma,
y en su torno alegres vuelan
las pintadas mariposas.

En silencio yace el bosque
y también la niña hermosa,
y su rubia cabellera
el sol con sus rayos dora.

Canta una avecilla errante
al pasar, y es que la toma
por la reina de las hadas
de la selva misteriosa.

(DE GEIBEL.)

¡Oh estrellas! ¡Oh luna! ¡Sabed mi alegría!
¡Oh selvas! ¡Oh prados! ¡Oh bosques en flor!
¡Sabed mi secreto, sabed que ella es mía,
y abracen mis labios sus besos de amor!

(DE ENRIQUE HEINE.)

Nos sentamos en la cima
y felices nos creimos,
y el sol en el hondo Océano
lentamente hundirse vimos.
En el hondo vasto Océano
el sol hermoso se hundia,

y con murmullo inefable
la onda á nuestros pies moria....
¡No llores! El sol no ha muerto,
no yace en el mar; no llores:
en mi pecho se ha ocultado
con todos sus resplandores.

¿Dónde?

¡Dó el cansado peregrino
hallará reposo al fin?
¡En el Sur, bajo las palmas?
¡Bajo los tilos del Rhin?
Mano extraña en un desierto
¿me habrá al fin de sepultar?
¡Reposo tendré en la arena
cabe la orilla del mar?
¡Qué importa! De Dios el cielo
cubriráme aquí ó allí
brillando, cirios mortuorios,
las estrellas sobre mí.

DEFENSA DEL BELLO SEXO (1)

Hemos recibido un precioso libro, titulado *Defensa del bello sexo*, debido á la pluma del distinguido escritor don Estanislao Martínez Esquivias, y extractamos á continuación algunos párrafos de esta interesante obra, para darla á conocer á nuestras lectoras, que de seguro hallarán en ella provechosas enseñanzas.

«Instrúyase y edúquese la mujer si quiere ser feliz y digna del hombre! Instrúyase y edúquese si desea que desaparezca ase malestar, esa separación que existe entre los dos seres en el estado del matrimonio. Pues ¿cómo ha de ser posible que esté contenta una mujer ignorante al lado de un hombre instruido? Y éste ¿cómo ha de ser dichoso al lado de una mujer privada de los conocimientos indispensables que se necesitan tener para vivir en continua é íntima relación? ¿Cómo ha de ser feliz al lado de una mujer ignorante, siendo ésta su esposa y la madre de sus hijos? Es imposible. Para que un matrimonio sea feliz es necesario, es de todo punto indispensable que la educación é instrucción de la mujer estén en relación con las del marido.

Educaos é instruíos, mis amables lectoras, no me cansaré de repetiroslo, y cuando lo hayais conseguido influid sobre vuestros esposos con vuestros consejos, con vuestra intachable conducta y con los demás medios que os parezcan más convenientes, si queréis que haya paz y bienestar en la familia; pero os aconsejo que no pretendais nunca imponeros á ellos por la fuerza, pues de este modo no conseguireis nada. Cuando los ruegos y consejos no basten, sufrid con resignación hasta que Dios se apiade de vosotras y se digne ablandar el corazón de aquéllos.

Influid también sobre vuestros hijos inculcándoles buenas máximas y desterrando de sus tiernos corazones toda clase de vicios, particularmente la ambición, el orgullo, la hipocresía, la murmuración y el lujo; pues ya sabeis, ó debéis saberlo, los males que traen consigo. Este último ha hecho tan grandes progresos en tan breve tiempo, que si no se le pone remedio será causa de la ruina de muchas familias y aún de las naciones. Por el lujo se pervierten incautas jóvenes, se pierde la dignidad y la vergüenza y se llegan á cometer los mayores crímenes; por lo que debéis trabajar mucho para extirparlo. La seda que antiguamente solo usaban las reinas y algunas grandes señoras, sirve para adornar hoy á la más pabre lugareña. A las personas que tienen demasiada afición á los trajes de la referida tela y que no pertenecen á su clase, por lo costosos que son, convendría enseñarles la siguiente y moralizadora décima:

«Esa seda que relaja
Tus procederes cristianos,
Es obra de los gusanos
Que labraron su mortaja.
También en la región baja
La tuya han de devorar:
¿De qué, pues, te has de jactar,
Ni en qué tus glorias consisten,
Si unos gusanos te visten
Y otros te han de desnudar?»

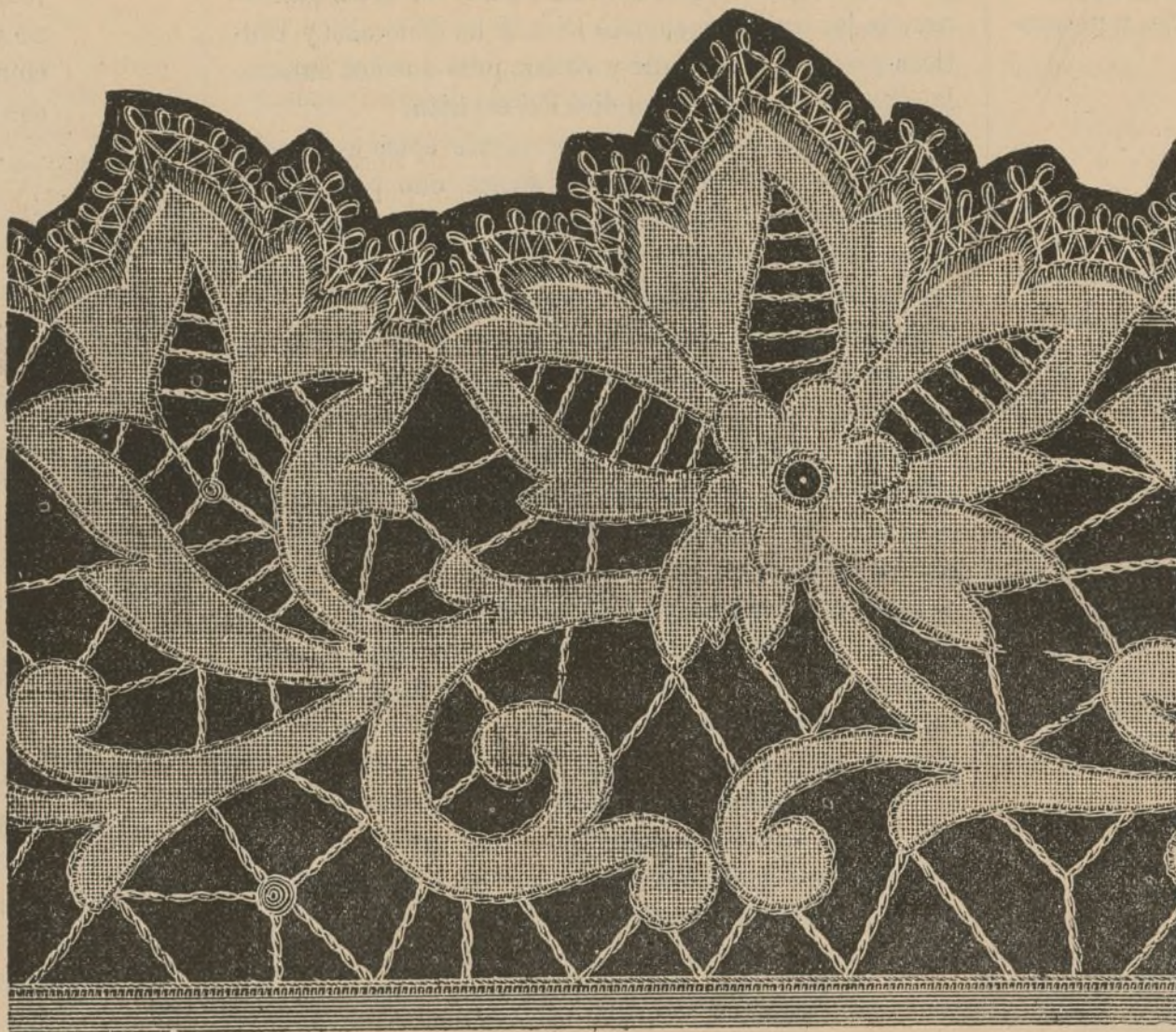
(1) Se halla de venta en casa de su autor, Motilla del Palancar, provincia de Cuenca, y en Madrid, en las librerías de Sobrino y de Gaspar.

Inculcad en sus inocentes corazones la doctrina cristiana, por ser la mejor y más sólida base de la civilización y la que ha de hacer feliz á la humanidad en este y en el otro mundo; hacedles conocer y amar á Jesucristo grabando en sus sencillas almas aquellas célebres palabras que pronunció: "Haz á los demás lo que quisieras que contigo hiciesen, y no hagas á otro lo que no quieras para ti," palabras admirables, que resolverán, cuando se pongan en práctica, todos los problemas políticos y religiosos; obligadles á ser tolerantes y á respetarse mutuamente; enseñadles á ser justos y á considerarse todos los hombres como hermanos, como miembros de una gran familia, cuyo padre es el Creador de todas las cosas; y no dudeis que de ese modo llegará un día á establecerse en este mundo la libertad, la igualdad y la fraternidad universales, llegando entonces la humanidad á su más alto grado de perfección y á entrar, por lo tanto, en el orden armónico del Universo, del que tanto dista en la actualidad.

Enseñadles, además, á que durante el curso de su vida no hagan caso de los títulos, de las riquezas y de la alta posición social del hombre, sino de su talento, de sus méritos y buenas obras; infundidles ideas elevadas y humanitarias para que en todas sus acciones y pensamientos se inspiren en Dios, y no en cosas terrenales y perecederas; acostumbradles á que hablen menos de virtudes y las practiquen más, y conducidles, por último, hacia el hermoso y atractivo campo de la gloria.

¡La gloria! ¡palabra mágica que fascina nuestra imaginación, haciéndonos acometer las más áridas empresas para conseguirla!

¡La gloria! ¡palabra encantadora que á toda persona conmueve agradablemente impulsándola á sacrificar su existencia, si necesario fuese, por alcanzar una sola ho-



6. Encaje punto de Venecia.

ja, por pequeña que sea, de su corona de laurel!

¡La gloria! ¡palabra celestial que hace inmortal al ser humano que consigue alcanzarla!

¡La gloria! ¡Ah! ¿qué riqueza terrenal puede compararse á ella? Ninguna.

Mas no creais que todo lo que hasta ahora se entiende y se tiene por gloria es bueno y recomendable, no. Existen en la historia ciertas personas que, mereciéndose solamente un oscuro calabozo, han sido ensalzadas y se les ha puesto una corona de laurel no sé porqué: digo mal, pues ha sido por la ignorancia de la humanidad y por la parcialidad de algunos hombres intolerantes y poderosos que lo han querido así por convenir á sus intereses. Me refiero, como comprendereis, á aquellas personas que han conseguido esa gloria, debido á sus crímenes y medios reprobados por la moral. No envidiemos, no ambicionemos, pues, esa gloria, así como tampoco la que han alcanzado muchos hombres en el campo de batalla entre el choque de las armas, el estampido del cañón, los gemidos de los heridos y los ayes de los moribundos.

No vayamos, mis queridos lectores, tras de esas glorias; vayamos únicamente tras de aquella que ennoblece el corazón y eleva nuestro espíritu hasta el cielo; vayamos tras de esa gloria que solo se consigue por medio de la ciencia y el estudio, y por medio del trabajo y la virtud.

Educaos é instruís, carísimas lectoras: y al manifestaros que os eduqueis é instruyais, no pretendo que todas seáis lite-

ratas y sabias, sino que la generalidad adquiera aquellos conocimientos indispensables que se necesitan para ser esposa y madre, y para ser miembros dignos de la sociedad; como son: los que se refieren á los quehaceres domésticos, á la religión, á la lectura, escritura, higiene, etc., pues si ignorais todas estas cosas os será de todo punto imposible cumplir debidamente vuestras sagradas y multiplicadas obligaciones.

¡Cuánto más valdria nuestra desgraciada España si todas las mujeres tuvieran estos conocimientos!



7. Traje para paseo.



8 y 9. Traje para señora y niña.

corona de
al que hace
consigue al-

za terrenal
guna.

o que hasta
or gloria es
ist n en la
merecién-
labozo, han
puesto una
digo mal,
de la hu-
de algunos
sos que lo
á sus infe-
endereis, á
seguido esa
medios re-
diemos, no
a, así como
do muchos
la entre el
mpido del
eridos y los

ectores, tras
amente tras
corazon y
el cielo; va-
olo se con-
el estudio,
irtud.

as lectoras:
queis é ins-
seais lite-
indispensa-
os de la so-
ligion, á la
erá de todo
ligaciones.
os tuvieran

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



134-27

Falconer imp. Paris

Reproduction interdite.

1515

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Calle Doctor Fourquet. 7. Madrid

No ol-
cioso ta-
fica los
presion
en la ex-
alma qu-
bien uni-
lical. Po-
nuestras
acercarn-
chosos.
materia.
Y no
cultive s-
abandon-
aseguro
en lugar

caseros
feccion
mujer i
buen d
deberes,
manifes

Mame
arla na
—Pau



No olvidemos que el talento bien dirigido es un precioso talisman que duplica los placeres y calma y dulcifica los disgustos: es un rayo de luz divina que da expresión y vida á la fisonomía, produciendo un bienestar en la existencia del individuo; es una hermosa flor del alma que hermanada con la caridad y marchando las dos bien unidas, convierten al ser humano en un ser angelical. Por lo tanto, cultivemos todos, cuanto sea posible, nuestras facultades intelectuales y morales, con el fin de acercarnos cada vez más á Dios y ser cada vez más dichosos. Hagamos, pues, por el espíritu más que por la materia.

Y no creais, ni supongais siquiera, que la mujer que cultive su talento desdeñará los quehaceres domésticos y abandonará el gobierno de su casa y de su fortuna, yo aseguro que sucederá todo lo contrario; pues el talento en lugar de impedir á la mujer que cumpla sus deberes

sé que no lo ha de volver á decir, ¡como que es V. una persona muy formal! Esta mañana vinieron dos hombres... Estos dos hombres me tenían con mucha curiosidad, porque han dado en venir muy á menudo, y por las horas que suelen pasar encerrados con el amo. ¿Qué tendrán que decirle? Cuando yo empiezo á sospechar, dale y dale, no vivo hasta haber podido descubrir todo el misterio!

Me fui callandito, callandito á la puerta de su cuarto, escuché... Oía una palabra sí y ciento no, porque los malditos hablaban en voz baja. En fin, pesqué lo siguiente. Pero V. no está en antecedentes.

¿Conoce V. á Estéban? Debe V. conocerlo, porque es el novio de la hija segunda del banquero....

Mamerto abrió desmesuradamente los ojos al oír este nombre.

—¡Estéban, prosiguió Casimira, es un conocido mío.

—¡Ni más ni menos que lo que V. oye, sí, señor! Pero no es esto lo que á mí me inquieta.... á mí poco me importa que á Estéban se le lleve el diablo! ¡Pero ha de saber V. que el vecino de abajo fué el que puso la fianza, y ahora parece que en la fianza ha habido estafa, porque responde con unas fincas vendidas hace cien años!... ¡No! y eso que se lo cuente á su abuela!... Don Eulogio es el hombre más honrado del mundo, es incapaz de hacer una cosa semejante.

—¡Incapaz, sí! exclamó Mamerto, cuya frente estaba inundada de sudor.

—¡Vaya!... ¡Como que quieren citarle ante el tribunal de comercio, y puede ser muy bien que vaya á un presidio á acabar su vida!

¡No puede V. figurarse el pesar que tengo, porque al fin, si D. Eulogio prestó esa fianza, fué por culpa mía!... ¡No creo que abajo lo sepan, porque esto es fresquito de hoy!



10. Vestido de surah y velo.

11. Vestido de cachemir.

12. Vestido de satén y surah.

caseros y familiares, le enseña á llenarlos todos con perfección y en mucho menos tiempo del que emplearía una mujer ignorante. Es más, ésta, aunque quiera y tenga buen deseo, no podrá cumplir la mayor parte de esos deberes, porque los ignorará seguramente, como ya he manifestado arriba."

LAS RIQUEZAS DEL ALMA

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación)

Mamerto la conocía á fondo, y se abstuvo de preguntarle nada.

—Pues sí, repuso Casimira, se lo cuento á V. porque

á quien yo, por motivos particulares, quise colocar en la sociedad de crédito de la cual es presidente mi amo, y lo conseguí, Dios sabe con qué trabajos.

Fué nombrado contador.... Pues bien, hé aquí lo que pesqué: Parece que D. Lúcio tenía desconfianza de él, y sin duda para probarle, al hacer el balance, mandó al cajero que dejase de intento fuera de la caja una cartera, que contenía muchos billetes de Banco.

El cajero la dejó como olvidada y se marchó. Pero don Lúcio tenía escondidos dos testigos.... Dos testigos prontos á firmar su declaración.

—¿Y bien? preguntó Mamerto con ansiedad.

—Parece que Estéban, creyéndose efectivamente solo, y cediendo á una mala tentación, se apoderó de la cartera.

—¿Es posible! exclamó Mamerto, sintiendo apoderarse de él un terror vago é indefinible.

¡Estoy llena de confusión! ¡Ni sé si debo avisarlos á callar! ¡Conque figúrese V. qué trastorno si me hubiese equivocado.

¡No sería darles mala puñalada, á ellos, tan buenos, tan pundonorosos, tan!...

Pero no: ¡si he oído que en la junta, que se ha reunido apresuradamente para tratar del caso, D. Lúcio, haciendo gala de su interés por la sociedad, ha presentado unos documentos, en donde consta el cómo y el cuándo se vendieron esas fincas, que aparecen en la fianza, respondiendo de la cantidad exigida!

¡Toma! como que le han dado un voto de gracias por su celo, porque él, con su hipocresía acostumbrada, manifestó, que siendo Estéban un empleado, nombrado á instancia suya, así que empezó á desconfiar de su probidad, hizo diligencias para asegurarse de que la socie-

dad no tendría nada que perder, de cuyas diligencias resultaron los documentos que exponía á su consideración. Y qué se yo cuántas cosas más dijo, porque si le dejan hablar, no hay un santo como él.

El resultado es que todos quedaron muy contentos, y el pobrecito D. Eulogio no sé lo que le sucederá.

—¡Y diga V., exclamó Mamerto repentinamente, y en todos estos días, ¿no le ha oído V. nombrar á Bruna?

—¡No!

—¿Ni ha podido V. traslucir ni practicar algunas diligencias para descubrir su paradero?

—¡No! ¡nada! ¿por qué?

—¡Porque se me ha metido en la cabeza que esa chica debe entrar para algo en todo esto!... ¿Llaman?... ¿Llaman?...

—Es el amo. ¿No quiere V. que le vea?

—¡No hay necesidad!

—Pues pase V. por este corredor.

—¡Volveré á saber en qué ha parado todo esto!

—¡Cuando V. quiera!

Mamerto salió de puntillas del cuarto del ama de gobierno, atravesó de puntillas el corredor, y salió furtivamente de la casa, mucho más desconcertado, mucho más confuso de lo que había entrado en ella.

Había perdido completamente la brújula, y no sabía dónde navegar.

VII.

No hay burla con el amor.

En el mismo gabinete azul, en donde vimos meses ántes á Rosa adornándose con un placer infantil, la hallamos ahora también adornándose quizás con mejores galas; pero sus movimientos no son ya lijeros, la sonrisa ya no embellece su semblante.

¡No! Coloca maquinalmente una flor en sus cabellos, maquinalmente hace el lazo de la cinta que adorna su cintura, y aunque fija sus ojos en el espejo, éste tan solo reproduce una mirada vaga y distraída. ¡Se conocía que el alma de Rosa estaba muy lejos de aquel sitio!

A lo mejor suspendía su tarea, y la flor, mal prendida, volvía á caer sobre su falda. ¡Era aquella la tela de Penélope, que no se acababa nunca!

Cuando parecía haber dado cima á su trabajo, su frente se oscurecía, y sus manos trémulas volvían á buscar la malhadada flor, y la arrancaban sin compasión de entre sus rizos perfumados.

¿Es que no le parecía bien colocada? ¿es que hallaba ridículo el contraste, entre aquella flor encendida y la palidez de su semblante?

La última vez que la arrancó no pensó en volverla á colocar. La guardó entre sus manos, y luego empezó á arrancarla hoja por hoja.

¡Pobre flor!

¡Tal vez Rosa quería asemejarla á sí, y que uno mismo fuese su destino!...

La tarde declinaba, y ya el espejo no reproducía más que sombras vagas y confusas.

Rosa se levantó suspirando, cogió otra flor, la más bella del florero, abandonó su cuarto de tocador, y salió al balcón de la pieza inmediata.

La tarde estaba serena, pero hacía un aire frío y penetrante. El aire agitaba los rizos de su cabello, y refrescaba su ardorosa frente.

Rosa permaneció mucho tiempo en el balcón, con el codo apoyado en la barandilla, y la cabeza en la palma de la mano. Hubiera parecido una estatua, si su respiración fatigosa no hubiese revelado su ansiedad.

Aquella calle ella muy solitaria, y sobre todo, á aquella hora, en que la vida se hallaba reconcentrada en el centro de la población.

Siempre que sonaba un ruido de pasos á lo lejos, las mejillas de Rosa se teñían de carmin, y besaba apasionadamente la flor que tenía en la mano.

¿Es que la destinaba para alguno?

Cuando la persona que producía el ruido se acercaba, pasando por debajo del balcón, el carmin se trocaba en palidez, y volvía á colocar la flor en su seno.

Era una tarde muy hermosa aquella, una hermosa tarde, casi de primavera, porque Febrero acababa de aparecer con su manto de verde musgo, con su cetro de ramas, cubiertas de retoños; una de esas hermosas tardes, aunque todavía un poco fresca, en que el cielo es espléndido, en que sonríe cuanto nos rodea.

El sol se ocultaba entre nubes de oro, el azul del firmamento estaba sombreado por infinitas nubecillas, que ostentaban todos los colores del arco de concordia.

Rosa alzaba los ojos al cielo, y consultaba con su avidez la marcha precipitada del sol, sin fijarse en la magnificencia de su ocaso. ¿En qué pensaba?

La luz se replegaba precipitadamente en lo alto de los tejados; las sombras descendían rápidamente á la calle, invadiendo todos sus ángulos.

Cuando brilló en la oscuridad la luz del primer reverbero, Rosa soltó un grito comprimido, y la flor, rota en mil pedazos, descendió á la calle.

¡Pobre flor!

¡Era la segunda que inmolaba! ¡Pobre flor! ¡pobre mujer, frágiles entrambas!

Rosa entró en el aposento, y se dejó caer en la butaca. La butaca era de terciopelo verde.

Apareció un criado, y puso una magnífica lámpara encendida sobre un velador maquizado.

En aquella sala había hermosos cuadros, ricos cortinajes, bellísimos espejos.

Rosa dirigió una mirada vaga sobre el aposento, y ni siquiera se apercibió de aquellas magnificencias, como no se había apercibido de las magnificencias del cielo.

Apoyó su codo en el brazo de la butaca, y la cabeza en la palma de la mano.

Volvía á meditar.

Tal vez buscaba con los ojos del alma, aquella salita reducida, en donde no había más que sillas de Vitoria, en donde solo había un velon, adornado de una pantalla verde, colocado sobre una humilde mesa de pino, pero en donde ella cosía alegremente, cantando bellas canciones y haciendo resonar los ecos con sus festivas risas. ¡Tal vez veía asomar por entre los cristales de la ventana un rostro hermoso, más hermoso por la animación que le prestaba un sentimiento único y profundo!

¡Ay! ¡aquel rostro nunca dejaba de aparecer entónces á la hora acostumbra á!... ¡Nunca, nunca, nunca!...

Rosa esperaba á Eugenio, ó más bien no le esperaba, porque hacía ya tiempo que las visitas del joven eran irregulares.

Pero Rosa no tenía fijos ávidamente los ojos sobre la puerta de la sala; no espiaba con oído atento el rumor de la campanilla.

Su oído espiaba los pasos que resonaban en la calle; pero no los que se detenían en el umbral de la puerta, sino los que se perdían á lo lejos.

Si Rosa esperaba á alguno, no era indudablemente de los que tuviesen derecho á visitarla...

Un magnífico reloj de sobremesa dió las siete, las ocho, las nueve. Rosa agitó vivamente el cordón de la campanilla.

Apareció el criado.

—¡El té!... dijo Rosa con tono breve.

El criado la acercó la mesita.

Salió y volvió á entrar otra vez, trayendo en una bandeja dorada un bellísimo servicio de plata, y en otra bodega los bizcochos.

—¿La señora? preguntó Rosa mientras se servía el té.

—Se ha acostado.

—¿Y la señora mayor?

En aquel momento, y como para responder á su pregunta, una voz, monótona y cascada, resonó á lo lejos, desde los aposentos interiores, cantando este estribillo:

Una copa de diamantes
No es la copa del placer;
¡Mejor es de tosco barro,
si hay delicias que beber!

Rosa comprimió un suspiro; luego levantó los ojos al cielo, como si quisiera decir:

—¡Tiene razón!

Pero sus labios no articularon ningún sonido.

El criado salió, después de haber servido el té, y Rosa adoptó su primera postura.

El reloj marchaba rápidamente: dió la media.

Entónces Rosa pareció despertar de un letargo. Tomó un bizcocho, lo mojó en el líquido, y después lo dejó olvidado en el platillo.

Al cabo de algunos instantes acercó la taza á sus labios, bebió algunos sorbos, y la depuso otra vez. La taza, al chocar con el platillo, dejó escapar un sonido metálico y armonioso.

Rosa no lo oyó.

Pasóse mucho tiempo. El implacable reloj había dado ya las diez y media, cuando resonó la campanilla.

Rosa dió un salto y corrió á mirarse al espejo.

Se vió horriblemente pálida.

—¡Si no supiera que está con ella cuando no viene, más hubiera querido que no viniese!... murmuró.

Pero no era Eugenio.

El criado entró anunciando á una señora.

¡Una señora en aquella casa!

Rosa corrió al encuentro de la desconocida, y dejó escapar un grito de sorpresa: era Carolina.

La alargó la mano.

Carolina la tocó apenas con la punta de los dedos, y pasando majestuosamente por delante de ella, fué á sentarse en el sofá.

Rosa permaneció de pie, sin poder adivinar el objeto de semejante visita.

—Usted estrañará mi venida, dijo Carolina con esa admirable sangre fría que da el trato del mundo; pero mi objeto es ver á su hermano.

—¡Mi hermano! exclamó Rosa.

—Casi nunca le veo!... ¿En dónde está? ¿Lo sabe Dios?

—Si V. me lo permite, repuso, le esperaré: el negocio que me trae es muy urgente.

Y se arrellanó en el sofá.

Rosa, ofendida de su impertinencia, volvió á tomar asiento en la butaca.

Los minutos, que ántes pasaban tan de prisa, se volvieron lentos para ambos...

Por fortuna, resonó otra vez la campanilla.

—¿Estéban? preguntó Carolina con angustia.

El que llamaba no entró en la sala.

—¿Estéban? repitió Carolina.

—Habrá ido á su despacho, dijo Rosa. ¿Quiéreme V. que se le avise?

—¡Quisiera hablarle á solas, si V. me lo permitiera!

Rosa se levantó con un ademán brusco, y la hizo señas de que la siguiera. Al llegar delante de la puerta del despacho, llamó, y dijo con voz breve:

—Una señora quiere hablarte.

Después, dejando á Carolina sola en medio del pasillo, se volvió á la sala.

Estéban abrió la puerta del despacho, y arrojó una exclamación de sorpresa, casi de desagrado.

Entre él y el tímido joven que apareció por primera vez en el baile memorable de Noche-buena, mediaba un profundo abismo.

El cambio había sido rápido y completo. Estaba vestido de negro y con suma elegancia, y si sus maneras no eran muy finas, eran desenvueltas y atrevidas.

Sin embargo, al ver á Carolina perdió algo de su aplomo.

Aunque hacía mucho tiempo que había dejado de amarla, su presencia siempre hacía vibrar las fibras de su alma.

—¿Qué es esto, señora? balbuceó lleno de turbación.

La mujer adivina el amor en el instante mismo en que nace; adivina la indiferencia en el instante mismo en que empieza.

La joven hacía ya tiempo que había comprendido esta funesta verdad, y como sucede siempre, su amor se había acrecentado con el desvío del sér querido. Si hubiese dudado todavía de su desdicha, aquel señoría, pronunciado con tono ceremonioso, la hubiera arrebatado su última ilusión.

¡Ay! las jovencillas disipadas del gran mundo, hastiadas de placeres, fatigadas de superficiales emociones, queriendo seguir al siglo, en lo que tiene de absurdo, no creen en el amor, le desdeñan, juegan con él; pero el amor, como todos los grandes y nobles sentimientos, se venga á su tiempo de las injurias que le infieren. Aparece de improviso, poderoso é inmenso, convirtiéndolas en esclavas, y haciéndolas esclavas acaso del sér más abyecto y miserable.

Las mujeres del sí de las niñas, que se inmolaban á sí mismas por timidez, por deber, por sobra de virtud, desaparecieron ya; pero las que han venido en pos de ellas, con cualidades tan cpuestas, sucumben del mismo modo, por orgullo, por descreimiento y egoísmo.

Reinó durante algunos instantes un profundo silencio.

Estéban lo interrumpió.

—¿Qué es esto? ¿por qué llora V.? preguntó á Carolina, que se había sentado en un diván y hacía intui-

les esfuerzos para contener las lágrimas que se desbordaban de su pecho.

Carolina se enjugó los ojos.

—¡Estéban, exclamó con pasión, te he amado, te he amado mucho, te amo todavía, á pesar de tu insultante indiferencia, á pesar de las heridas que inferes á mi orgullo con tu afectada distracción!

Me han dicho, yo no quiero creerlo, me han dicho que obsequias á la hija de la condesa, que paseas su calle, que la envías amantes declaraciones, escondidas en el centro de perfumados ramilletes.

Estéban se turbó de una manera indecible.

—Me han dicho más, prosiguió Carolina exaltándose por grados, me han dicho que desde el singular desafío que tuviste por ella en el teatro, su madre te ha abierto las puertas de su casa, y que tu próximo casamiento con Torcuata no es un misterio para nadie....

¡Yo no quiero creer en ninguna de estas cosas, Estéban, prosiguió Carolina con vehemencia, no quiero creer que hayas faltado, vil y cobardemente, á los sagrados juramentos que me has hecho, y vengo á salvarte, á partir contigo, si quieres, el rigor de tu destino!..

—¡A salvarme! exclamó Estéban con estupor.

Carolina se le levantó, se abalanzó hacia él, y puso una mano sobre su hombro.

—¡Estéban, dijo en voz baja, corren rumores injuriosos acerca de tu probidad, acerca de tu honor!

¡Oh! repuso con amargura, ¡no faltan nunca amigos que se apresuren á hacerse ecos de lo que debe destruir nuestro corazón, y estos rumores han llegado muy pronto á mis oídos!..

Estéban, tampoco quiero yo creer en esto; pero se habla de una suma robada.

Esta vez el joven perdió toda su serenidad, todo su orgulloso aplomo.

—Sea como quiera, prosiguió Carolina, la calumnia es poderosa, y es necesario conjurarla á tiempo.

Pero no, no, añadió con trasporte, te he dicho que no creía en nada de lo que te acusan, y he mentido.

En este momento supremo, preciso es decir la verdad, la verdad entera.

¡Estás amenazado de presidio, quizás dentro de breves horas te veas preso, arrastrado delante de los tribunales!..

¡Yo sola puedo salvarte!.. ¡Yo te ofrezco mi dote para cubrir ese desfaleo y rescatar tu honor, yo te ofrezco mi mano, y con ella el buen nombre de mi padre, para que te sirva de escudo contra tus acusadores!

La frente del joven estaba inundada de sudor. Un mundo de ideas cruzaba por su imaginación turbada.

Estaba seguro, muy seguro de que se hallaba solo al apoderarse de los billetes; estaba seguro, muy seguro de que no había dejado ningún rastro de su vil acción.

Aquéllos, pues, no podían ser, en efecto, más que ru-

mores vagos, sin pruebas en que fundarse, como sucede siempre que se trata de una cosa semejante, en que las sospechas recaen igualmente sobre todos, en que se desconfía de todos á la par. ¡De esto, á existir una prueba legal y positiva, había una distancia enorme! Las amigas de Carolina eran amigas de sociedad, lo que equivalía á decir que no tenía más que rivales envidiosas, cuyo único placer se cifraba en martirizarla.

¡Qué extraño era, pues, que hubiesen abultado los hechos, que los hubiesen desfigurado á sus ojos con este maligno intento!

Además, D. Lúcio le había asegurado que, sin una imprudencia de su parte, jamás le retiraría su protección; ¡él no había cometido ninguna! ¡no había vendido ninguno de sus secretos!

No obstante, sin Torcuata, quizás Estéban se hubiese arrojado á los pies de Carolina, y la hubiera bendecido.

¡Torcuata era el instrumento del castigo que quería imponer la Providencia á su ambición loca y desmedida!

Como había dicho Carolina, el lance del teatro había hecho que la condesa acogiese á Estéban, y le abriese las puertas de su morada, cosa que por otra parte, deseaba hacer hacía mucho tiempo con cualquier pretexto, porque ella andaba algo tronada, y su hija quería casarse á todo trance.

(Se continuará.)

Soluciones á la charada que apareció en el número 27 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Julio, por las señoritas doña Julia Bastegui, de Zaragoza; doña María del Pilar Amandi, de Gijón; doña Carmen Martínez y Sanz, de Valencia; doña Adela García Llanos, de Vigo, y doña Tomasa Barrio de Nestar, Cervera de Pisuerga.

CHOCOLATE.

CHARADA.

Mi primera repetida es un dios extravagante á quien en tiempos remotos se levantaban altares.

Tejidos de mi dos tres se usaban mucho en lo antiguo y forman también el nombre de mi muy amado primo.

Primera y tercera es un sér que entre los bosques habita, y sin mi todo el manjar más útil nos faltaría.

ADELAIDA.

Se ha publicado el número 98 de la utilísima Revista Popular de Conocimientos Útiles, única de su género en

España, y que es cada vez más interesante, como puede verse por el siguiente sumario:

Precauciones con los perros rabiosos.—Fabricación del hielo.—El po'o Sur.—Algunas noticias acerca del algodón.—La geología de China.—Nuevos datos sobre las ruedas de papel utilizadas en los ferro-carriles.—Abono de las viñas.—Aplicaciones del bióxido de hidrógeno ó agua oxigenada á la medicina, á las artes, etc.—Muerte de las trichinas por el frío.—La nitroglicerina.—Coloración del cristal.—Producción del hierro y del acero.—Pomada para las grietas de los labios y de los pechos, por Belteryst.—Nueva caldera de vapor.—Barómetro vegetal.—Fotografía.—Nuevo ferro-carril de circunvalación de Londres.—Ensayo del aceite de hígado de bacalao.—Procedimiento Neilson para secar el heno.—Específico contra la filoxera.—Feltro.—Canalización del Niágara.—Mezcla explosiva.—Incendios en las ciudades.—Vaselina de Rusia.—Sustancias explosivas.—Nuevos buques para viajeros.—Certeza de la muerte.—El nombre América.—Longevidad.—Compañía de omnibus de París.—Adonidina.—Pastillas anti-helmínticas de Padrell.—Variedades de quesos fabricados en Europa.—Antídoto de la estrigina.—Refinación de la ozokerita.—Antídoto contra las sales de zinc.

Se suscribe en la Administración, calle del Doctor Fourquet, 7, Madrid, al precio de 40 rs. al año, 22 al semestre y 12 al trimestre, y regala al suscriptor por un año cuatro tomos, á elegir, de los publicados, de la Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, dos al de semestre y uno al de trimestre.

CORRESPONDENCIA.

ADMINISTRATIVA.

Cartagena.—B. M. G.—Tomada nota de 3 meses de primera, desde 1.º de Agosto, para D.ª J. S.—Se le remite el número publicado.

Valencia.—F. A.—Tomada nota de las dos suscripciones que avisa, desde 1.º de Julio.—Se remiten los números publicados á D.ª L. de L. y á V.

Valencia.—C. M.—Se le remite el tomo de regalo que pide. Coimbra.—A. C.—Se le remiten los cuatro tomos de regalo. Palma de Mallorca.—A. y M.—Recibido el saldo de su cuenta, y está conforme.

Coruña.—A. E.—Se le remiten los cinco tomos de regalo. Almería.—C. S.—Se le remite el número que pide extraviado en correos.

Badajoz.—J. R.—Cobrado el saldo de su pedido, y tomada nota de 6 meses de segunda, desde 1.º de Agosto, para doña M. R.—Se remite el número publicado.

Pontevedra.—J. B.—Recibido el saldo de su pedido, y tomada nota de 6 meses de segunda, desde 1.º de Agosto, para doña A. Q.—Se remite el número publicado.

Reus.—G. y hermano.—Se le remiten los dos números que pide extraviados en correos.

Coruña.—C. J.—Tomada nota de las dos suscripciones que avisa, desde 1.º de Agosto, para D.ª F. B. y D.ª E. C.—Se remiten los números publicados.

Valencia.—J. M. S.—Tomada nota de 3 meses de segunda, desde 1.º de Julio, para D.ª F. A.—Se remite el número publicado.

Villena.—P. S. y M.—Se le remiten los dos números que pide extraviados en correos.

Mazarrón.—J. V. G.—Recibido 11 ptas. 50 céntos. para 6 meses de segunda, desde 1.º de Agosto.—Se le remite el número publicado.

Valencia.—P. A.—Tomada nota de 3 meses de suscripción, desde 1.º de Agosto, para D.ª J. S.—Se le remite el número publicado.

Lisboa.—A. G.—Se le remite los 4 tomos de regalo, y el número que pide extraviado en correos.

Sevilla.—H. de F.—Tomada nota de 3 meses de tercera, desde 1.º de Agosto, para D.ª J. R.—Se remiten los números publicados.

Valencia.—M. del C. de F.—Se le remite el prospecto que pide.

Barcelona.—J. C. y Compañía.—Tomada nota de 3 meses de segunda, desde 1.º de Agosto, para D.ª H. P.—Se le remiten los números publicados.

Barcelona.—T. E. P.—Tomada nota de los tres meses que pide, desde 1.º de Agosto.—Se le remiten los números publicados y tomo de regalo.



A. VALLEJO

Primera casa en sillerías de última novedad. Exportación á todas las provincias. Pídanse tarifas de precios.

19--PUEBLA--19

frente á San Antonio de los Portugueses.)

COMPANIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio
TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA

CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES

Depósito: Mayor, 18 y 20. Sucursal: Montera, 8.—Madrid.

Dr. GOÑI

Especialista en las vías urinarias y matriz. Montera, 11. pral.

CAMAS INGLESAS

DORADAS Y MAQUEADAS

PINILLOS

ALCALA, 17, JUNTO AL CAFÉ DE FORNOS

AL PUBLICO.

Se acaba de recibir un gran surtido de sillas, sillones, sofás, banquetas de piano y banquetas para recibimientos, en el bazar de sillería de madera encurvada, de Thonet Hermanos, plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

LA HIGIENICA

GRAN FÁBRICA DE CORSÉS

Plaza de Celenque, 1



Grandes surtidos de corsés, desde 6 reales á 300

Especialidad en corsés-fajas hechos á medida.

Envíos á provincias.

LA NEW-YORK.

Compañía de seguros sobre la vida, autorizada en España por real orden. Activo: 240.000.000 de pesetas en 1.º de Enero de 1882.

Dirección de la sucursal de España.

Montera, 20, Madrid.

Capitales para las viudas y huérfanos al fallecimiento del cabeza de familia.

Hace este mismo seguro de forma que si el cabeza de familia no muere en cierto número de años, se le entregue al mismo el capital asegurado.

Rentas vitalicias, capitales diferidos, seguros de quintas y dotes. La dirección facilita prospectos con más pormenores.

Premiados en 20 exposiciones. **CHOCOLATES DE MATIAS LOPEZ**

Oficinas en Madrid, Palma Alta, 8.—Gran fábrica en el Escorial

Cafés, Tés, Sopas, Pastillas napolitanas, Bombones finísimos de chocolate y dulces de los más ricos que se elaboran en París. Inmenso y variado surtido de cajas finas á propósito para regalos, bodas y bautizos.

BANCO ECONOMICO NACIONAL

Call del Turco, 13, Madrid

CONSTITUCION DE CAPITALES

Por medio de Billetes comerciales, obligaciones amortizables, pagarés de capitalización y bonos de ahorro.

Operaciones de banca y giro.

Emissiones de valores.—Seguros.

Negociaciones inmobiliarias.

PIDANSE PROSPECTOS

ECONOMIA DOMÉSTICA.

No ofrece pocos inconvenientes el ir á pasar unos días en el campo, cuando se tiene la fortuna de poseer un pequeño chalet, pues los amigos no dejan de importunarnos con sus visitas.

Para eso hay que estar prevenidos, y algunos capones cebados pueden sacarnos del mayor apuro.

Hé aquí algunos modos de prepararlos para que sirvan de succulenta comida.

Capon mechado.—Después de limpio el capon y mechado con longitas de tocino y un poquito de ajo, se pone en una cazuela con manteca, zanahorias, perejil, pechuga y menudillos de ave; se deja rehogar y se echa un poco de caldo. Cuando ya está en punto, se saca el capon;



13. Manga para vestido ric.

se cuele y deja reducir la salsa, y se vuelve á meter el ave, para que se impregne bien en el jugo restante.

Después se pone á enfriar en otra fuente, se baña con una salsa de manteca, en la que se ha disuelto un poco de harina, se le cubre con miga de pan, se pone en el horno, ó sobre las parrillas para que el pan forme costra, y se sirve con una salsa picante.



15. Vestido para paseo.

Capones en forma de bola.—Se cuece el capon en una cacerola con manteca, sal, pimienta y ramillete de yerbas finas, y se coloca sobre cuatro hojas de papel untadas con manteca. Se le envuelve en una capa de tocino; luego con el resto que ha quedado de las yerbas finas; otro embozo ó cubierta de tocino; y por último, sobre la parte superior, se forma una especie de cobertera cuadrada con la primera hoja de papel, y se van poniendo del mismo modo las demas, de modo que los pliegues no se encuentren entre sí. Entonces se ata y se mete en el horno, cuidando de que no se queme el papel. Cuando está caliente, se hace una abertura cuadrada en el papel, cuyos bordes se levantan, y se echa dentro una salsa italiana. El capon se parte por la abertura del borde.

Capon con arroz.—Se cuece en el caldo, al que se le añade perejil; el arroz se cuece luego aparte en el mismo caldo. En el momento preciso se pone el capon en el caldo, echándole por encima el arroz, y se sirve con zumo de limón.

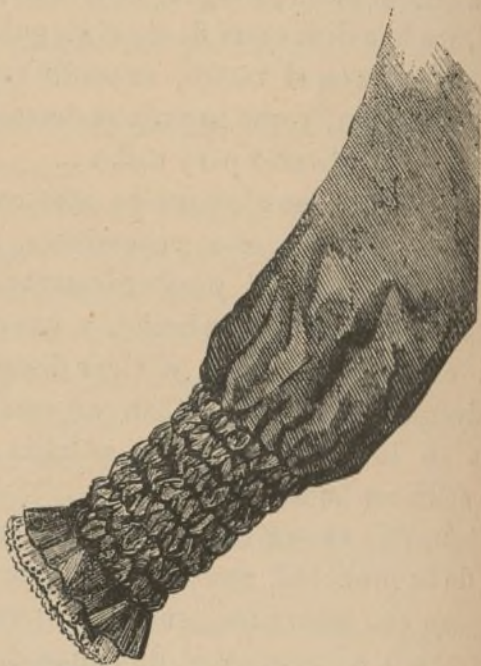


16. Vestido para jovencita.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1515.

Fig. 1.^a Traje de paseo.—Doble falda de moiré, color crudo; cuerpo de cachemir castaño claro, sobre el cual van puestos pañeros fruncidos en muchos órdenes, con cabeza en su parte superior. Pouf de cachemir añadido atrás. El cuerpo abre sobre plastron de moiré crudo, fruncido en el escote y en el bajo. Botones de nácar á ambos lados del cuerpo, que termina en punta. Mangas que solo llegan al antebrazo, con vueltas de encaje. Sombrero de paja, forrado de raso color crudo, y guarnecido con echarpe de terciopelo cogida con dos hebillas de nácar.

Fig. 2.^a Traje para casino.—Vestido de raso duquesa verde mirto con la falda cubierta con tres volantes, alternando con uno de guipure.



14. Manga para vestido de mañana.

Volante barradero azul pálido. Cuerpo de aldeta con bolsillos de guipure, y fichú de guipure; formando punta atrás, dentro de cuya punta va un fruncido fino; por delante camiseta fruncida. Cuello recto de surah azul pálido. Mangas de codo con solapas de guipure y guantes largos. Por detrás anchas cintas que salen de las costuras del cuerpo, forman un gran lazo pouf.



17. Vestido para jovencita.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUSTRADO 1515 y las de 1.^a, 2.^a y 4.^a en el pliego de patrones.

Editor propietario, Gregorio Estrada.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.

18 de Agosto de 1882

(NÚMERO 16)

Derecho

Primer modelo (grados 1 y 2 en el texto).
Traje para señorita de 12 años compuesto del cuerpo y la falda postiza, sobre la cual se colocan primero los dos plisados que indica el grabado; luego la drapería o echarpe. Nosotros damos el fondo, ó sea la armazón de la falda.

Fig. 1.—El delantero de la falda se une al costado por la letra A, y debe cortarse doble al hilo en el centro y sin costura.

Fig. 2.—Costado de la falda que se une al delantero por la letra A y a la parte de atrás por la letra B.

Fig. 3.—Parte de atrás unida al costado por la letra B. El cuerpo consta de cuatro piezas.

Fig. 4.—Delantero que se une a la espalda por el hombro con la letra C y por el costado debajo del brazo con la letra D.

Fig. 5.—Costado que se une al delantero por la letra D y a la espalda por la letra H.

Fig. 6.—Espalda que se une por la letra H al costado y por la C al hombro del delantero.

Fig. 7.—Manga con línea que marca la hoja inferior.

Segundo modelo (grados 3 y 5 en el texto).
Fig. 8.—Fichú adornado de encajes y flores.

Tercer modelo (grados 3 y 5 en el texto).
Cuerpo-vesta que se compone de cuatro piezas.

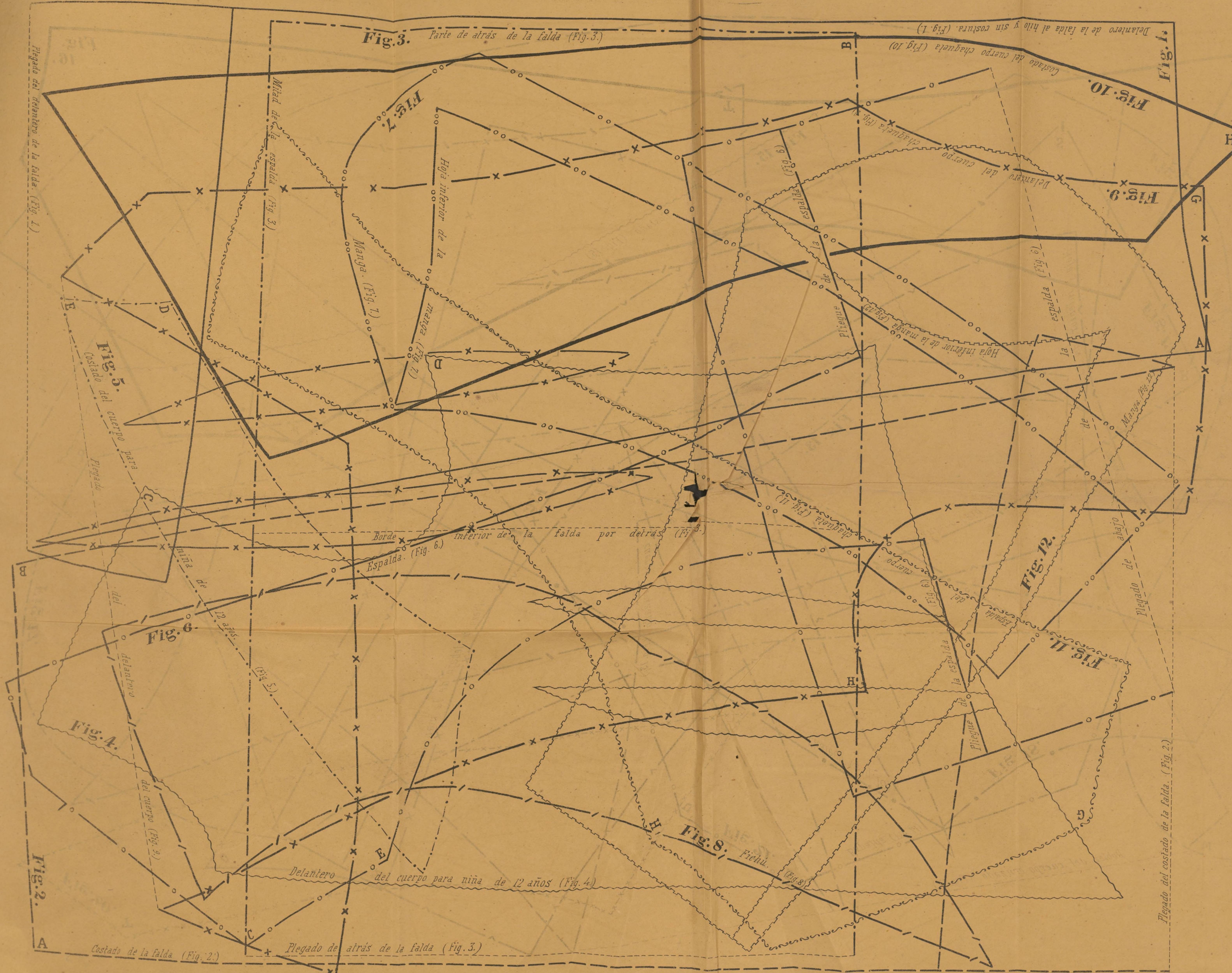
Fig. 9.—Delantero ligeramente entrecubierto del escote y escotado de abajo. Se une al costado por la letra F y al hombro de la espalda por la letra G.

Fig. 10.—Costado. Une al delantero por F y a la espalda por H.

Fig. 11.—Espalda que se une por H al costado y por G con el hombro del delantero.

Fig. 12.—Manga con línea que indica la hoja inferior.

Para terminar el modelo basta añadir en el bajo de la espalda por atrás un pajo de la tela, midiendo 120 centis, de largo por 0,60 de medio ancho.





Primer modelo (grabado 7 en el texto).—Cuerpo cruzado.

Fig. 13.—Delantero. Lleva dos piezas y cruza en el costado. Se une a la espalda por el hombro con la letra *X* y a la pieza de debajo del brazo con la letra *M*.
Fig. 14.—Pieza de debajo del brazo. Ajusta al delantero con *M* y al costado por *O*.
Fig. 15.—Costado. Se une a la espalda por *P* y a la pieza de debajo del brazo por *O*.
Fig. 16.—Espalda. Se une al costado por *P* y al hombro del delantero por *X*.
Fig. 17.—Manga con línea que indica la hoja inferior.



Traje Watteau (grabado 11).

El cuerpo consta de cinco piezas: el delantero, que lleva una pieza debajo del brazo, la cual forma el costado, costadillo, espalda, manga y chaleco. Esta última pieza la damos lisa, y encima de ella se pliega un pedazo de la tela, cortándola después todo alrededor. Luego, para hacer el pliegue Watteau, se toma un pedazo de la tela de todo el cuerpo formando una tabla triple. Se ajusta después hacia el centro de la parte de atrás. Por lo demás es muy fácil ejecutar este modelo, estudiando un poco el grabado.

Fig. 18.—Chaleco plisado: se une al delantero con la letra *R*.
Fig. 19.—Delantero que se une por *R* con el chaleco, *V* con el hombro de la espalda *E* y con el costado.
Fig. 20.—Costado del cuerpo: unión con el delantero *T* y *U* con la espalda.
Fig. 21.—Espalda: se une por *U* con el costado y *S* con el hombro del delantero.
Fig. 22.—Manga. La parte superior es muy ancha y la inferior más estrecha, dibujada por medio de una línea.

